

# DAMIÁN ORTEGA: PICO Y ELOTE [CORN AND INDUSTRY]

RED DE MUSEOS



**JOSÉ ESPARZA CHONG CUY**  
**AURORA GÓMEZ GALVARRIATO**  
  
**JULIETA GONZÁLEZ**  
  
**GUILLERMO OSORNO**

**PRESENTACIONES** P. 007  
**COSECHAR / ENSAMBLAR / COLAPSAR** P. 012  
**MAÍZ, TORTILLA Y OTROS**  
**ARTILUGIOS MEXICANOS** P. 044  
**PICO Y ELOTE: LOS ENSAMBLAJES**  
**MAQUÍNICOS DE DAMIÁN ORTEGA** P. 102  
**DE DERROTA EN DERROTA**  
**HASTA LA VICTORIA** P. 196  
**APÉNDICE** P. 206

Con una destacada trayectoria que abarca más de tres décadas, Damián Ortega (Ciudad de México, 1967) se ha convertido en uno de los artistas contemporáneos mexicanos con mayor reconocimiento a nivel nacional e internacional. Como parte de una generación de creadores que encarnó enormes cambios en los paradigmas artísticos dominantes, derivados de una serie de transformaciones profundas en la sociedad que los rodeaba, el trabajo de Ortega ha conseguido mantenerse vigente sostenido en la audacia de su propuesta plástica y en su mirada siempre crítica ante los procesos de hiper-modernización a nivel global. *Damián Ortega: Pico y elote* busca revisar con precisión su vasto cuerpo de obra como un punto de partida para reflexionar sobre la relación entre las artes visuales y la realidad del mundo que habitamos.

El desenvolvimiento de la carrera de este artista requiere ser leído desde un contexto sociohistórico específico, caracterizado por la transformación de la realidad social más inmediata para la ciudadanía, como resultado de fenómenos económicos y políticos suscitados en escalas que rebasan lo individual. Ortega comenzó a producir en la década de 1980, en paralelo a una incipiente ola de globalización en la que los modos de producción en serie, impulsados por políticas de libre mercado, desplazaron velozmente a una cultura material local para dar paso a la inversión extranjera y a una serie de nuevas dinámicas de consumo. Sucesos como la firma del Tratado de Libre comercio de América del Norte (TLCAN), el terremoto de 1985 y la acelerada expansión de la cultura digital reformularon por completo la vida en el entonces Distrito Federal (ahora Ciudad de México) y eso se vio reflejado en la creatividad de este y otros artistas, muchos de ellos autodidactas.

Producciones como las de Ortega, desde su etapa más temprana, desafiaron los marcos de enunciación para el quehacer artístico en México. No sólo se trataba de adoptar lenguajes conceptuales provenientes de discusiones en torno a la estética a nivel global, sino de cotejarlas con el presente de la sociedad nacional, tomando en cuenta sus sesgos culturales, sus problemáticas, sus usos y sus costumbres. La obra de este artista se ha distinguido por trabajar con símbolos y valores estrechamente ligados a la cultura mexicana desde una óptica laboral, es decir, sin separar los significados de las condiciones materiales que

los producen. Esto le permitió posicionar un discurso situado dentro del panorama internacional y al mismo tiempo, mantener un diálogo crítico con la escena local.

Indudablemente, *Damián Ortega: Pico y elote* presenta un proyecto tan interesante como necesario para perseverar en la difusión de la producción artística contemporánea, la cual puede arrojar mucha luz sobre la complejidad de nuestro presente. En la Secretaría de Cultura, reconocemos el exitoso trabajo conjunto entre el Museo de Arte Contemporáneo de Monterrey (MARCO), donde esta exposición fue originalmente presentada, y el Museo del Palacio de Bellas Artes, emblemático recinto que dignamente recibe al proyecto. Estamos seguros de que esta itinerancia habrá de producir un antecedente importante en términos de colaboración interinstitucional entre agentes que comparten un compromiso con la divulgación de la producción artística contemporánea en nuestro país. Igualmente, extendemos dicho reconocimiento a todos los involucrados en la conformación del presente catálogo, que excede las convenciones de un documento de registro y lo conforma como una fuente de consulta relevante sobre el trabajo de un artista crucial para entender los lenguajes del arte en México durante las últimas décadas.

Damián Ortega es un artista mexicano que ha cruzado múltiples fronteras. Nacido en la Ciudad de México, ha trabajado y expuesto en diferentes países, por lo que su obra forma parte de importantes colecciones internacionales, que llega por fin al Museo del Palacio de Bellas Artes, como fruto de un esfuerzo eslabonado, con *Pico y Elote*, exposición que ha dialogado también con públicos del norte de México.

Damián Ortega es creador de una profunda reflexión estética contemporánea que propone múltiples escenas visuales e interdisciplinarias que entreveran la cosmogonía de lo originario, sus fibras y texturas presentes en los imaginarios rurales y urbanos, pero también como entraña que desbroza las realidades e incertidumbres que les aquejan en un mundo donde la modernidad y lo contemporáneo están llenas de fragmentación y eclecticismo a la vez.

Ortega explora también las materialidades, el diseño y el simbolismo de las herramientas e instrumentos de trabajo, así como la creación y desestructuración de artefactos tecnológicos y otros más sutiles, con piezas en las que condensa su amplísima reflexión en torno al ordenamiento de la vida en un mundo hiper tecnologizado donde la humanización se adivina o se sostiene a pesar del dominio de la máquina y del diseño industrializado, que ofrece a la vez personajes y máscaras que transfiguran ambos mundos.

La exposición *Pico y elote* de Ortega en el Museo del Palacio de Bellas Artes presenta una revisión de su producción de las últimas tres décadas, que se caracterizan por la investigación y la apropiación de objetos cotidianos que el artista altera o yuxtapone creando un lenguaje que le permite profundizar en problemáticas económicas, políticas, culturales y sociales contemporáneas, desde una postura estética contundente y muy propia.

El título de la muestra, curada por José Esparza Chong Cuy, *Pico y elote*, abrevia en dos nociones concretas: por un lado, en el mundo orgánico y algunos mitos mesoamericanos de creación de la humanidad a partir del maíz; y por el otro, en el mundo hiper industrializado en el que se entreveran conocimientos, recursos e instrumentos tecnológicos para transformar los ecosistemas y las formas de cultivo tradicionales como la milpa.

*Pico y elote* incluye una instalación de 2007 titulada *Controlador del universo* cuya presencia hace eco con el

mural que inspiró a Ortega en la conceptualización de esta obra, *El hombre controlador del universo* de Diego Rivera creado en 1934, y que también puede apreciarse en la zona de murales del Palacio de Bellas Artes, en cuyo centro aparece un hombre obrero mirando con incertidumbre hacia el futuro y controlando con sus manos las fuerzas naturales y mecánicas del universo. Está presente en esta exposición, una serie de herramientas que el artista recolectó durante una estancia en Berlín y que, suspendidas en un arreglo que recuerda los dibujos técnicos de perspectiva explotada, permite al observador colocado en el centro de la obra, aprehender con la mirada cualquiera de los instrumentos o utensilios que la conforman aludiendo con ello a la capacidad transformadora del ser humano.

Desde el Instituto Nacional de Bellas Artes y Literatura reconocemos el minucioso trabajo para lograr esta exhibición y agradecemos a todas las personas e instancias que hicieron posible esta magnífica oportunidad de conocer la trayectoria de Damián Ortega, a quien reconocemos por su destacada labor artística.

—Lucina Jiménez  
Directora general  
Instituto Nacional de Bellas Artes y Literatura

Luego de una primera exitosa presentación en el Museo de Arte Contemporáneo de Monterrey (MARCO), el Museo del Palacio de Bellas Artes se complace en recibir la muestra *Damián Ortega: Pico y elote*, una asertiva y meticulosa revisión a los más de 30 años de producción de este reconocido artista mexicano. Con una curaduría a cargo de José Esparza Chong Cuy, esta exposición presenta una lectura precisa a las obras de Ortega, quién a través de distintos lenguajes y materialidades, mantiene viva una perspectiva crítica sobre un México que se ha transformado radicalmente desde su incursión en políticas de libre mercado en la década de 1980.

La muestra exhibe algunas de las obras más icónicas del artista, pero también algunas poco visitadas, todas encaminadas a extender una mirada irónica sobre las condiciones de producción y consumo del que somos partícipes desde hace más de tres décadas. En vez de propiciar un recorrido estrictamente cronológico, las piezas han sido organizadas en tres núcleos curatoriales: Cosechar, Ensamblar y Colapsar; los cuales favorecen criterios de carácter plástico y conceptual para entenderlas como detonadores de argumentos particulares. Se mantiene siempre a la vista un escepticismo ante la idea de progreso y la manera en que esta afectó irreversiblemente la realidad material y simbólica en México.

Como un valioso recurso de registro, esta publicación reúne además una serie de textos escritos ex profeso para la muestra. El curador José Esparza Chong Cuy, así como Aurora Gómez Galvarriato, Julieta González y Guillermo Osorno (enlistados por su orden de aparición en el libro), especialistas en artes visuales y conocedores sobresalientes de la obra de Ortega, no sólo describen el contexto social y artístico en el que se ha enmarcado esta producción, sino que ensayan ampliamente en algunos de los factores simbólicos que la vuelven tan compleja y pertinente dentro del arte contemporáneo global.

Extiendo mi más sincero agradecimiento a todos aquellos quienes han hecho posible la realización e itinerancia de esta exposición: a Damián Ortega, a quien recibimos con entusiasmo y orgullo; al equipo de su estudio personal, al de MARCO, al del MPBA, a la galería kurimanzutto y a todas las colecciones sin cuya amable colaboración habría sido imposible reunir este cuerpo de obra. No omito agradecer a la Fundación Mary Street

Jenkins que con su continuo apoyo hacen posible esta publicación. Finalmente, celebro el fortalecimiento de la programación de arte contemporáneo en espacios como el MPBA, que este año celebra su noventa aniversario, refrendando con esta exposición su compromiso, desde entonces, con las manifestaciones artísticas del momento. Confío en que esta exposición contribuirá significativamente en el acercamiento de nuevos lenguajes artísticos a audiencias más amplias.

—Alejandra de la Paz  
Directora  
Museo del Palacio de Bellas Artes



Entrada la tercera década del siglo XXI, el Museo de Arte Contemporáneo de Monterrey (MARCO) se ha propuesto revisar aquellas prácticas artísticas que han posicionado al arte mexicano en el mundo y que, paradójicamente, no habían sido analizadas de manera retrospectiva; y lo ha hecho de la mano de una de las instituciones históricas más importantes de nuestro país. Así, iniciamos una sinergia de colaboración con el Museo del Palacio de Bellas Artes, pionero en la construcción de exposiciones en México. La obra de Damián Ortega (Ciudad de México, 1967) es uno de estos discursos que marcó el tránsito del país hacia su presencia internacional, clave en la crítica y la producción artística contemporánea.

Cada generación reconstruye sus propios tejidos culturales, reformulando los anteriores. En México, durante los años noventa y principios de este siglo, se experimentó una efervescencia definida tanto por el surgimiento de nuevos focos culturales en el país, paralelos a la urbe dominante, como por el rápido ascenso de la economía global del arte. Este auge tuvo un impacto en el posicionamiento de nuevos discursos, dando origen a sinergias entre los distintos protagonistas de la escena cultural. Los artistas, una buena parte de ellos, que hasta el momento se aglutinaban en espacios independientes o en grupos y talleres críticos, se desplazaron hacia sitios regidos por el nuevo orden económico; y las instituciones museísticas que se habían resistido a los discursos conocidos como “post-conceptuales”, ahora se abrían a la incorporación de estos jóvenes creadores.

Podríamos hablar de uno de los momentos democratizadores del sistema cultural relativo a la creación contemporánea en México, así como de la convivencia entre diversas posturas en el arte: muchas de ellas hablando desde lo político, otras enfrentándose a las tradiciones y, en general, coincidiendo en realizar una aguda crítica a las promesas fallidas de la modernidad. Desde este lugar, y desde su herencia como caricaturista, Ortega se destaca por incorporar comentarios satíricos dirigidos hacia el rol de la industria y su interacción social con el capitalismo posmoderno; enfatizando el paralelismo entre los distintos conceptos de trabajo que operan en una sociedad que abarca desde la confección de los tejidos tradicionales de los pueblos originarios hasta los complejos mecanismos asociados a la economía global.

*Damián Ortega: Pico y elote* recoge casi treinta años del trabajo del artista, así como su labor pedagógica materializada en el proyecto editorial Alias; un compromiso con la formación y el pensamiento de las nuevas generaciones, para quienes ha traducido al castellano una parte significativa de la escritura fundacional relativa al arte del último siglo. Esta muestra marca un hito en la historia de las exposiciones en América, pues constituye la primera revisión curatorial en nuestro continente, enfocada en la práctica del artista mexicano.

Esta exposición forma parte de la línea curatorial que inició MARCO —desde Monterrey— hace cuatro años, exhibiendo a artistas como Mario García Torres, Miguel Calderón y Pedro Reyes, y poniéndose al día con otras revisiones de esta naturaleza que ya ocurrían en los distintos museos de la Ciudad de México y Puebla, principalmente. Desde otro lugar, el museo abrió su segunda línea discursiva, incorporando las construcciones artísticas que ocurrían en el norte del país y paralelas a la Ciudad de México; revisando propuestas que van desde el feminismo intuitivo con el colectivo marcelaygina, pasando por la exploración conceptual del propio García Torres, hasta las prácticas que abordan los márgenes urbanos y la crítica institucional asociadas al colectivo Tercerunquinto.

Así, contagiados con el concepto de trabajo de Damián Ortega, MARCO en colaboración con el Museo del Palacio de Bellas Artes, ha convocado a un equipo multigeneracional para concebir en nuestra compañía esta magna muestra. El curador, José Esparza Chong Cuy, aportó su novel visión de la sociedad y la cultura, generando un paralelismo curatorial entre tradición e industrialización. Maricris Herrera, junto con su estudio y el propio artista, generaron este diálogo editorial que va desde la academia, hacia las revisiones de género con Aurora Gómez Galvarriato, hasta la incorporación de un profundo análisis de la obra de Ortega y su impacto en nuestro continente, en las palabras de Julieta González.

Por último, el MARCO quiere agradecer el financiamiento de esta muestra al excepcional Estímulo Fiscal a Proyectos de Inversión en las Artes (EFIARTES) auspiciado por el gobierno mexicano y que permite desarrollar exposiciones magnas como la que hoy presentamos; asimismo, agradecer el respaldo de las empresas multi-

nacionales FEMSA y CUPRUM, solidarias en esta iniciativa. Esta propuesta es un modelo ideal de cómo operar desde una institución pública-privada el mejor uso de los impuestos de los mexicanos destinados al desarrollo de la cultura contemporánea. Así, se suman los esfuerzos de la Secretaría de Cultura del Gobierno de México, el Instituto Nacional de Bellas Artes y Literatura, el Museo del Palacio de Bellas Artes y la fundación que le respalda, para que *Pico y Elote* llegue también al público de la Ciudad de México.

—Taiyana Pimentel  
Directora general  
Museo de Arte Contemporáneo de Monterrey

La Fundación Mary Street Jenkins se complace en presentar *Damián Ortega: Pico y elote* como una publicación más que se suma a los casi 60 títulos surgidos de una fructífera alianza con el Museo del Palacio de Bellas Artes, y que este 2024 cumple 10 años. A lo largo de este tiempo se ha afianzado la vocación de ambas instituciones para promover el acceso a la cultura en favor de las y los mexicanos, bajo la firme convicción del valor educativo de las publicaciones que se editan.

Prueba de ello, es el libro que el lector tiene ahora en sus manos, en el que encontrará un recorrido por las piezas fundamentales de más de 30 años de producción artística del destacado creador mexicano Damián Ortega. Artista autodidacta, que se inició como aprendiz de caricatura política para el periódico *La Jornada*, lugar desde el que desarrolló la agudeza crítica que lo llevó a crear obras icónicas como *Elote clasificado* (2005) y *Cosecha* (2013), piezas que hoy lo posicionan como uno de los artistas de mayor alcance internacional de su generación.

Valoramos y agradecemos la labor de cada uno de los participantes que hicieron posible la exposición y catálogo, en los que el público se acercará, a través de más de ochenta piezas, a la obra de Damián Ortega, para reflexionar desde otras perspectivas el mundo que habitamos.

Para la Fundación Jenkins el objetivo de enriquecer y divulgar el arte en México sigue siendo prioridad, que se consolida a través del apoyo a investigaciones, exposiciones y publicaciones como la presente.

—Fundación Jenkins

# JOSÉ ESPARZA CHONG CUY

# COSECHAR / ENSAMBLAR / COLAPSAR

*Desde la Ilustración, los filósofos occidentales nos han mostrado una Naturaleza grandiosa y universal, pero a la vez pasiva y mecánica. La Naturaleza era un telón de fondo y un recurso para la intencionalidad moral del Hombre, que podía domesticarla y dominarla. Se dejaba a los fabulistas, incluidos los narradores no occidentales y “ajenos a la civilización”, la tarea de recordarnos las alegres actividades de todos los seres, humanos y no humanos.*

—Anna Lowenhaupt Tsing<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Anna Lowenhaupt Tsing, “Posibilitar interrelaciones”, *La seta del fin del mundo. Sobre la posibilidad de vida en las ruinas capitalistas*, trad. Francisco J. Ramos Mena, Capitán Swing Libros, Madrid, 2021, p. 11.

## UNA PREMONICIÓN

Esta exposición es un aviso y una petición de cambio. Es un ejercicio curatorial que se presenta como un cuento que reflexiona sobre los efectos de las mutaciones generadas por los humanos en el ambiente, contado a través del trabajo del artista Damián Ortega. También es la historia de un cultivo y de cómo su sobreproducción durante el último siglo ha alterado su futuro. Por último, la muestra alude al mito de la industria y cómo su promesa de supuesto progreso —por más avances y beneficios que pueda ofrecer— siempre viene acompañada de daños irreparables. Con esto en mente, la producción artística de Ortega puede entenderse como evidencia de los cambios que ha sufrido la industria en su historia reciente y como un registro de sus consecuencias.

*Damián Ortega: Pico y elote* reúne una selección importante de la obra que ese artista ha creado durante los últimos treinta años para presentar un amplio retrato de su producción y demostrar el diálogo cercano que su trabajo tiene con la construcción de una cultura nacional. Exhibida a través de una lectura que vincula el maíz con el apogeo y la caída de la industria para revelar la falsa idea de “desarrollo”, esta fábula se cuenta a través de las instalaciones y esculturas más conocidas de Ortega e incluye también fotografías, películas, tejidos, obras de los inicios de su carrera que han sido poco vistas y piezas nuevas.

Al ser la primera exposición retrospectiva de Damián Ortega en México y América Latina, *Damián Ortega: Pico y elote* documenta tres décadas de cultura material tal como las atestiguó el artista. Sus obras —algunas sencillas y discretas y otras más complejas y elaboradas— se crearon dentro de un contexto sociopolítico y económico mexicano que ha tenido un gran impacto en su producción artística: el terremoto de 1985, el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN), el levantamiento zapatista, el

auge digital, los fraudes electorales, la masacre de Ayotzinapa, la pandemia de COVID-19 y más. Y aunque estos temas podrían sonar como capítulos de una épica novela distópica, en realidad constituyen una admonición sobre un sistema al borde de su colapso inevitable. El trabajo de Ortega acompaña todos estos sucesos, y es difícil no ver su obra en relación con la realidad nacional en el momento de su creación.

Desde que Ortega comenzó a producir obra en la década de 1980, el contexto que lo rodea ha cambiado drásticamente. Muchos productos que solían obtenerse o producirse de manera local ahora se manufacturan en otros países y se importan. Esta desenfrenada política transnacional ha tenido un impacto inmediato en su vida y su trabajo. Sus inicios coinciden con el comienzo de un nuevo orden mundial —un orden globalizado— en que las tienditas de la esquina fueron reemplazadas por redes corporativas con miles de sucursales en toda la república y la presencia de Coca-Cola se generalizó a tal grado que se dice que en ciertos pueblos es más fácil conseguir esa bebida que agua potable. La producción de Ortega puede entenderse como una reflexión sobre este nuevo sistema capitalista que favorece tecnologías de producción masiva y desplaza el conocimiento y las tradiciones ancestrales.

Ortega es un artista autodidacta que dejó la escuela preparatoria para seguir su propio camino en el arte y la educación, y que nunca ha dejado de lidiar emocionalmente con los efectos de un mundo que cambia rápidamente. Su fascinación (y desasosiego) con estas transformaciones encontró su primera expresión artística en las caricaturas políticas que dibujó al inicio de su carrera para el periódico *La Jornada*. En ellas mostraba una visión satírica de la vida contemporánea en México, desde el fastidio de las convenciones sociales hasta el absurdo de la realidad política en el país. Desde sus días de aprendiz con *El Fisgón* —quizá el caricaturista político más prominente del México contemporáneo— Ortega ha tratado temas relacionados con el trabajo, la industria y la energía, así como los entornos sociales, naturales y construidos, y ha ido creando un lenguaje visual que encuentra una particular resonancia en el llamado “sur global”. Siendo artista con raíces en un “país subdesarrollado”, su humor penetrante junto con su ingenioso comentario sobre los peligros de la actualidad, nos revelan con franqueza el daño, pero también la esperanza, que nociones comunes sobre lo que se considera “progreso” le han hecho a nuestro entorno. En ese contexto, el ojo crítico de Ortega es evidente en su ingeniosa forma de retratar la cultura material creada por una sociedad obsesionada con el desarrollo, presentando objetos que hacen referencia a amplios temas que abarcan tanto las herramientas del trabajador campesino y la mano de obra industrial, como los efectos deletéreos que estos producen en el medio ambiente.

Podría decirse que, a lo largo de su carrera, Ortega ha tomado los signos y símbolos de ese extraño concepto conocido como “cultura nacional” y ha hecho con ellos un retrato crítico y tangible de la sociedad contemporánea —en particular de la sociedad mexicana—, pero con rasgos que cualquier habitante del hemisferio sur podría reconocer. Como escribió el antropólogo Claudio Lomnitz: “Los dilemas políticos en torno a la modernización han convertido el problema de la cultura nacional en una de las principales obsesiones políticas e intelectuales de América Latina. ‘Cultura nacional’ (independientemente de lo que signifique) es un criterio para evaluar la modernización y, al mismo tiempo, un obstáculo para ella. La gente se preocupa continuamente por cambiar algún aspecto de la cultura nacional y por fortalecer o preservar algún otro”.<sup>2</sup> Más adelante, Lomnitz dice: “En México, este problema se presenta reiteradamente en cada una de las encrucijadas de la historia nacional: en la Independencia, en la crisis nacional posterior a la guerra con Estados Unidos, en el régimen modernizador de Porfirio Díaz y en las postrimerías de la

<sup>2</sup> Claudio Lomnitz-Adler, *Las salidas del laberinto. Cultura e ideología en el espacio nacional mexicano*, Planeta, México, 1995, p. 11.